

una muchacha muy amable; pero más que todos el coronel, que preveía sus futuras desgracias.

A pocos días recibí orden de mi padre para que borrara colegiatura y me retirara al pueblo en donde residía, porque estaba enfermo y le era necesaria mi asistencia. Se hizo así, y dispuso el coronel mi marcha, la que verifiqué con no menos sentimiento que Tulitas.



CAPÍTULO XII

En el que el coronel discurre sobre lo útil que sería que las mujeres aprendiesen algún arte u oficio mecánico con que subsistiesen en caso de necesidad

Al fin de cinco años de ausencia regresé á esta capital, y luego que llegué á ella fuí á buscar á mi buen amigo el coronel.

Se deja entender que al efecto me dirigí á la casa de don Dionisio Langaruto, quien con su esposa doña Eufrosina, me recibió con bastantes muestras de cariño;

me hicieron mil preguntas y repreguntas acerca de las tierras por donde había estado, á las que yo contesté unas veces con verdad y otras sin ella, seguro de que todo cuanto dijera lo habían de creer, sólo porque yo decía que lo había visto; bien que en esto no hice más que mentir con la autoridad de viajero.

Así que estos señores se cansaron de preguntarme, les pedí razón del caballero coronel y su familia, y me dijeron que ya no vivía con ellos; porque habiéndose enfermado doña Matilde fué preciso al coronel llevarla al paraje que llaman la *Tlaxpana* á que mudase temperamento, y que cuando se restableció su salud tomó casa frente de la Alameda, por ser más cómoda que la que ocupaba en su compañía.

Luego que supe esto les pedí las señas de la casa, me las dieron, y al instante me despedí de aquellos señores, porque ya se me hacían siglos los minutos que tardaba en ver á mi apreciable don Rodrigo.

Cuando entré, estaba doña Matilde tocando en su clave y el coronel leyendo un libro; pero no bien me vieron, cuando dejaron ambos los objetos de su diversión y se levantaron apresuradamente para abrazarme.

Yo correspondí á sus cariñosas demostraciones con las palabras y señales que en semejantes casos dicta la urbanidad, el amor y la gratitud. Doña Matilde disparó sobre mí una descarga cerrada de preguntas acerca de

las particularidades de mi viaje y de las tierras que había visto, á las que yo contesté con más prudencia que en casa de doña Eufrosina y procuré cuanto pude economizar las mentiras, como que sabía que el coronel no era nada vulgar y podía sorprenderme cuando yo estuviera mintiendo más alegre.

Mucho sentimiento manifestaron estos señores cuando supieron que había fallecido mi padre. — Ciertamente que me es muy desagradable la noticia, me dijo el coronel, porque tu padre fué mi amigo verdadero; lo traté mucho, analicé su carácter, y siempre lo advertí virtuoso sin superstición, sabio sin vanidad, benéfico oculto, buen padre, buen esposo, buen amo y hombre de bien á toda prueba. Los que lo conocieron como yo en esta capital y los que por tantos años lo trataron, así dentro como fuera del real colegio de Tepotzotlán, donde fué un médico apreciable, serán perpetuos panegiristas de sus virtudes; ni dudo que los pobres de aquel pueblo llorarían su falta y acompañarían con lágrimas su entierro. El llanto de los infelices socorridos siempre riega los túmulos de sus benefactores. Procura, pues, no olvidar las máximas que te inspiró de religión y de moral cristiana, y de esta manera honrarás su memoria, pues por el fruto se conoce el árbol.

Acabó su discurso el coronel, que se me quedó bastante impreso en la memoria, y después de haber

hablado de otras cosas, le pregunté por la niña Pudenciana. — Está allá adentro, me dijo su mamá, y con visita, ¿quieres verla? — Sí, deseo verla, le respondí; pero si está con visita cumpliré mi deseo otra ocasión. — Vamos ahora, dijo el coronel, pues la visita que tiene es de confianza, y ella misma se alegrará de verte.

Diciendo esto, nos levantamos de los asientos y fuimos á ver á Pudenciana.

Entramos á su cuarto, y la hallamos muy divertida bordando un pañuelo. Luego que me vió, se levantó y me hizo aquel recibimiento que yo debía esperar de su cariño y bien dirigida educación.

Muy diferente fué el tratamiento que recibí de Pomposa, que estaba allí de visita, pues embelesada en componer un rizo, se miraba al espejo con tal atención, que no la tuvo para saludarme, hasta que doña Matilde la llamó de su éxtasis, diciéndole: — Mira, niña, quién está aquí. ¿Qué, no lo conoces? Háblale. — Entonces Pomposita volvió la cara, me reconoció un breve rato y con un aire de protección sólo me dijo: — *Beso á usted la mano.*

Yo no pude menos que sorprenderme al advertir un estilo tan vano y petulante, que se propasaba á impolítico, porque sin hablarme otra cosa, dirigió la palabra á su tía, diciéndole: — Estoy hecha un veneno contra la maldita costurera. Vea usted qué caracoles me hizo tan



Pomposita volvió la cara, me reconoció un breve rato y, con aire de protección, sólo me dijo: — Beso á usted la mano